9285

BIBLIOTECA DRAMÁTICA

34

PEDRO MARÍA BARRERA.

QUIEBRAS DEL OFICIO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12.
(Galería Dramática de los Sres. Hijos de Gullon)

QUIEBRAS DEL OFICIO.

1878.– Establecimiento tipográfico de J. C. Conde y C.ª, Caños, 1.

ACTO ÚNICO.

Habitacion cerrada en una fonda de San Sebastian. Al foro, izquierda, una cama con colgaduras: á la derecha una ventana con cortinas sostenidas por una galería, que hace quede bastante hueco para que pueda ocultarse una persona entre las cortinas y la ventana. En el centro una puerta, con llave. A la izquierda, en primer término, una cómoda: á la derecha una chimenea, con un despertador sobre la repisa. En el mismo lado, cerca del proscenio, un velador y dos butacas. Sillas, etc. Por la ventana entran en la habitacion las ramas de una madreselva. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El VIZCONDE y PEPE, entrando. Este lleva una palmatoria encendida y una maletilla de mano.

PEPE. Pase usted, señor vizconde.
VIZC. Vamos allá. ¿Este es el cuarto
que ocupaba esa señora
que al mio se ha trasladado?
PEPE. Sí, señor. Como la tal
doña Matilde Avendaño

607804

es jóven y guapa, y viuda,
y la visitan mil zánganos,
aquí no estaba á su gusto;
y, si usted no accede al cambio,
deja la fonda. Para ella
era más que necesario
un gabinete.

VIZC. ¿Qué ménos
puede querer?

PEPE. Pero chasco
se lleva si el nuevo albergue
piensa que ha de ser tan sano
y tan alegre: aquí cuelgan
las madreselvas sus ramos,
y entra el sol en cuanto asoma
por la montaña.

VIZC. Eso es grato

PEPE. Sí. ¿Desea usted que cierre
las persianas?

VIZC. Al contrario:
ábrelas más: tengo idea
de levantarme temprano.

PEPE. ¿Va usted con los que mañana
pasan el dia en el campo?

VIZC. Sí.

PEPE. Pero usted es de hierro.
Ayer, á las tres y cuarto,
llegó usted en el *express*
á San Sebastian.

VIZC. Exacto.

PEPE. Anoche fué usted de baile.

VIZC. ¡Cabal! y estuve bailando
sin cesar.

PEPE. Y hoy, á las cinco.

fué usted á tomar su baño.
Debe usted tener el cuerpo
pidiendo á gritos descanso.

VIZC. Sí, Pepe, sí.

PEPE. Puede usted
acostarse descuidado.
á pesar de su proyecto
de madrugar. Este año
tenemos en las alcobas
despertadores... Un trasto
muy útil. Mírelo usted.
Alrededor del horario
se va corriendo la aguja:
si la deja usté en las cuatro
á las cuatro en punto empieza
á sonar...

VIZC. Ya sé. (Este bárbaro
piensa que vengo del Congo.)

PEPE. Aquí dejo á usted el saco
de noche. (Sobre la cómoda.) La palmatoria
aquí. (Sobre el velador.)

VIZC. Bien.

PEPE. ¿Manda usted algo?

VIZC. Nada.

PEPE. Entonces, buenas noches. (Sin moverse.)
señor vizconde.

VIZC. Adios.—¡Vamos!
¿qué esperas?

PEPE. Usté dispense,
pero...

VIZC. ¿Qué?

PEPE. Si por acaso
necesita usté un ayuda

de cámara...

VIZC. ¿Y á qué santo
viene esa pregunta?

PEPE. Viene
á que yo por ser criado
de usted, daría una oreja.

VIZC. ¡Hola! ¿te cansa el trabajo
del hotel?

PEPE. No, señor, no.
Es que siempre me ha gustado
servir á solteros.

VIZC. ¡Ya!

PEPE. Pero he tenido tal mano
que á todos los que he servido
en seguida se han casado.
Y como con usted no
corro ese riesgo...

VIZC. ¡Canario!
¿Ya en San Sebastian se sabe
que soy enemigo nato
del matrimonio? Bien, Pepe;
tendré presente tu encargo.

PEPE. Mi gratitud...

VIZC. Bueno, bueno...
Adios.

PEPE. (Si pesco este amo,
tengo casa para un siglo.)

ESCENA II.

EL VIZCONDE.

Casarme!... ser, como tantos,
el editor responsable
de una mujer... ¡nunca! A salto

de mata, de unas en otras,
sin alarde y sin escándalos
me doy buena vida. Hoy mismo
estoy aquí porque trazo
la conquista de una rubia
superior. Salga el retrato... (Abre la maleta.)
y el billete, que me anuncian
que el triunfo no está lejano.
¡Es celestial!... un besito (Besa el retrato y lo deja en la maleta, que queda abierta).
y á casa. Otro al perfumado (Besa el billete y lo deja en la maleta).
billete y tambien á casa...
—La ví al salir de palacio
en Madrid, hará dos meses,
un dia de besamano:
me insinué: resultó
mujer de mi amigo Pardo
y ¡claro está!... desde entonces
la adoro.—Se llama Amparo.
Anoche, cuando en un vals
la estrechaba entre mis brazos,
le dije:—"Ahora son las doce;
á esta hora mañana aguardo
que baje usted al jardin
del hotel: allí esperando
estaré."—Se sonrió
y me dijo:—"¿Y si no bajo?"
Bajará.—Hoy en la mesa
la he tenido en frente: ha estado
muy risueña: con mi pié
varias veces al asalto
he llegado al suyo ..—Y ella
rie que rie.—A mi lado,

por cierto, estaba una jóven
tambien muy linda. De cuando
en cuando su hermoso rostro
tomaba ese tinte pálido
de la azucena, y me hablaba
con los ojos. ¿Ha notado
los íntimos pisotones
que daba á Amparito?... El diablo
que lo averigüe!...—Ahora son
las diez: me abruma el cansancio,
y si me duermo y se pasa
la hora de la cita... ¡Malo!
—Ah! el despertador: magnífico!
(Toma la luz.)
Aquí en las doce le planto, (Corre la aguja.)
y ya me puedo dormir (Apaga la luz.)
á pierna suelta. (Se acuesta.) Si Amparo
me ampara... si á media noche...
si el jardin... si entre los álamos...

ESCENA III.

El Vizconde, dormido. Mercedes, con una palmatoria encendida que pone sobre el velador, al lado de la que está apagada.

Merc. Matilde! soy yo... No tengas
miedo: te vengo á contar
muchas cosas entretanto
que echa un sueño mi mamá.
—¿Dónde anda?—¿Estás ya en la cama?
¡Matilde!
(Se acerca al lecho: el Vizconde se levanta.)

VIZC. ¿Qué es eso?... ¿Dan
las doce?

MERC. ¡Jesús!

VIZC. ¿Qué miro?
¡Una mujer!... bueno va.

MERC. Dispense usted, caballero,
si equivocada...—Encontrar
pensé aquí á una amiga mia...

VIZC. ¡Pues!... era muy natural.
Doña Matilde Avendaño.
¿eh?

MERC. Sí, sí. (¿Cómo sabrá?...)

VIZC. (Es la jóven que ha comido
á mi lado.)

MERC. (Es el galan
que hoy en el almuerzo el pié
me pisaba sin cesar.)
Repito á usted que dispense.
Estoy confusa... En mi afan
de ver á Matilde, vine...

VIZC. Y soy yo el feliz mortal
que vé usted.

MERC. Sin intentarlo,
sin sospecharlo...

VIZC. Es verdad:
lo creo.

MERC. No me perdono
haber venido á turbar
el descanso...

VIZC. ¡Oh! Yo bendigo
la feliz casualidad...

MERC. ¡Cielos! (Acercándose á la puerta.)

VIZC. ¿Se pone usted mala?

MERC. Me parece que oigo hablar
en el corredor.

VIZC. La voz (Cerca de la puerta.)
es de Pardo. Charlará
con algun amigo...

MERC. ¡Es Pardo!
el que goza en murmurar
de todo el mundo... Si ahora
salgo, salir me verán,
y estoy perdida.

VIZC. Pues eso
es fácil de remediar.
Espere usted que se vayan.

MERC. ¿Que espere aquí? Nó; jamás.
Imposible.

VIZC. Sin embargo,
¿qué ha de hacer usted? se vá,
ó se queda: usté elija.

MERC. ¡Aturdimiento fatal
el mio!

VIZC. ¡Vamos, qué diantre!
no se apure usted.—(Está
hechicera.)

MERC. (Cerca de la puerta.) ¡Nunca acaban
esos hombres!... ¿Qué tendrán
que decirse?

VIZC. Casi casi
puedo á usted asegurar
que le quitan el pellejo
á alguno: la caridad
no es virtud que tiene Pardo.

MERC. Pues eso me apura más.
¡Si él supiera que he venido
al cuarto de usted!...

VIZC. (Cerca de la puerta.) No hay mal
que cien años dure: creo

que se despiden.—Ajá! (Asomándose al foro.)
Ya puede salir usted.

MERC. ¡Gracias á Dios! (Tomando la palmatoria.)

VIZC. ¡Voto á San!...

MERC. ¿Qué?...

VIZC. Pensé que tenia fósforos...

MERC. Encienda usted. (Volviendo con la palmatoria.)

VIZC. (Encendiendo.) (¡Celestial
criatura!... es remonísima).

MERC. Si usted tiene la bondad
de no referir á nadie...

VIZC. Sobre eso puede usté estar
tranquila.

MERC. Gracias, mil gracias.
(Vamos! es moro de paz
este jóven. Yo creia,
al notar la terquedad
con que me pisaba el pié.
que era insolente y audaz;
pero es muy juicioso.)—Adios.

VIZC. Señorita... (Inclinándose.)

MERC. ¡Oh! (Llaman en la puerta.)

VIZC. ¿Quién vá allá?

PARDO. Soy Pardo: tu amigo Pardo. (Fuera.)

MERC. ¡Ese hombre! (Dejando la palmatoria.)

PARDO. ¿Puedo pasar?

MERC. Aquí me escondo. (Detrás de la cama.)

VIZC. Adelante. (Abriendo.)

PARDO. Dios te guarde, perillan. (Entrando.)

ESCENA IV.

EL VIZCONDE, PARDO, MERCEDES, escondida. PARDO sale con otra palmatoria.

VIZC. ¡Hola, Pardo! Dios te guarde.
¿Qué quieres?

PARDO. Vengo á que hablemos.
VIZC. ¿Hablar? Mañana lo haremos;
hoy va siendo tarde.
PARDO. ¡Tarde!
Tú, trasnochador asíduo,
dices eso.
VIZC. Amigo Pardo:
si has pensado que es un fardo
ó cosa así mi indivíduo,
te equivocas. Vine ayer,
me viste anoche bailar
y me voy á levantar
mañana al amanecer.
Con que si me has de decir
algo urgente...
PARDO. No, no vengo...
VIZC. Entonces...
PARDO. Pero no tengo
muchas ganas de dormir;
y como en mi habitacion
sucedió aquella tragedia...
VIZC. ¿Cuál?
PARDO. Dicen que en la Edad Media,
entrando por el balcon,
diez sombras con antifaz
cosieron á puñaladas
á dos damas desdichadas
que allí dormian en paz.
Hoy lo han contado y no puedo
arrojar de mí la idea...
VIZC. Eso es miedo.
PARDO. Tal vez sea;
pero no!... ¡yo tener miedo!
¡Yo que con serenidad

me bato si es necesario,
y que á más de un adversario
he echado á la eternidad!...

VIZC. Nunca llegó á mis oidos...

PARDO. Esto debe ser nervioso.
Soy algo supersticioso,
y sombras, aparecidos
y muertos... te lo declaro:
tengo horror á lo impalpable.

VIZC. Pero eso es inexplicable
estando contigo Amparo.

PARDO. ¿Mi mujer? ¡Cá! Si ella habita
al fin del corredor, sola,
desde esta mañana.

VIZC. (¡Hola!
buen dato para mi cita.)

PARDO. Y como está delicada
y, acá *inter nos*, me ha prohibido
ir de noche...

VIZC. ¡A su marido!

PARDO. Yo la tengo muy mimada
por sistema.

VIZC. Es bueno, sí.

PARDO. Con que ya ves que hay razon
que abone mi decision
de pasar la noche aquí.

VIZC. ¡Demonio!

MERC. (¡Esto es horroroso!)

PARDO. Podemos jugar al tute.

VIZC. Tú quieres que no disfrute
ni un momento de reposo.

PARDO. Suprime todo reproche,
y acuéstate: eres muy dueño...
Yo aquí velaré tu sueño.

MERC. (¡Nada! pasa aquí la noche)
VIZC. Sentado... vestido...—No:
mañana estarás rendido.
PARDO. Bah! bah! sentado y vestido
estoy en la gloria yo. (Dejando su palmatoria en el velador).
VIZC. Mas... (¡Tenacidad maldita !)
MERC. (¿Qué haré?)
PARDO. ¿Tenias dos luces?
Pues deduzco...
VIZC. Qué deduces?
PARDO. Esto me huele á visita:
cuéntame, cuéntame...
VIZC. ¡Bah!
¡Yo visitas!
MERC. (¡Qué zozobra!)
PARDO. Una palmatoria sobra.
VIZC. Sí; sobra...—Mira, será
que Pepe la habrá dejado.
(Si al fin me altera la bilis...)
PARDO. Eso será. (Aquí hay busilis:
ya sabré lo que ha pasado.)
Con que á dormir, á dormir...
VIZC. ¿Te vas?
PARDO. Me quedo. (Sentándose)
MERC. (¡Asesino!)
PARDO. Duerme, y yo de mi sobrino,
pensaré en el porvenir.
Ya le conoces: Simon.
Antes de que dé un mal paso
quiero ver si yo le caso
con Merceditas Moron.
Es tu vecina de mesa.
VIZC. ¿Quien?... ¿esa?

MERC. (¡Hablador!)
VIZC. ¿Le quiere
ella?
PARDO. ¡Si por él se muere!
MERC. (¿Embustero!)
PARDO. ¡Buena es esa!
Lo he notado al almorzar:
ella estaba conmovida,
pálida .. muy distraida..,
VIZC. (Ahora me empiezo á explicar...)
MERC. (No era por aquel bigardo.)
PARDO. Ella es guapa, es elegante;
pero es tonta.
MERC. (¡Qué galante!)
VIZC. ¡Tonta!... ¿has dicho tonta, Pardo?
Instruida, bella, inocente,
graciosa...—Así es esa chica.
PARDO. ¡Pchs! Lo mismo dá: si es rica
ya es un partido excelente.
VIZC. (Es fuerza echar á este bolo.)
¿Con que te vás?
PARDO. ¡Yo!... ¿Qué es ir?
No.
VIZC. Pues si algo he de dormir,
tengo que estar solo ¡solo!...
Sé razonable.
PARDO. (Sin moverse.) Lo soy.
VIZC. ¿Y tú mi amigo te nombras?
PARDO. ¿Ir yo al cuarto de las sombras
y aparecidos? ¡No voy!
VIZC. Si tu decision es esa,
en el almuerzo mañana
tu incomprensible medrana
contaré de sobremesa

PARDO. ¿Y el vizconde del Rocío
obrará conmigo así?
VIZC. ¡Justo! Y se reirán de tí:
broma por broma, hijo mio.
PARDO. ¡No, no! no quiero tener (Levantándose.
más desafíos: ya parto.
(Tomando su palmatoria.)
MERC. (¡Al fin!)
PARDO. Me voy á mi cuarto. (Muy alto.
(Me voy al de mi mujer.) (Bajito.)

ESCENA V.

MERCEDES. VIZCONDE.

VIZC. ¡Gracias al cielo!
MERC. (Saliendo.) No he visto
hombre más insoportable.
VIZC. Ya se aleja: puede usted
salir sin temor.
MERC. (Toma su palmatoria.) Sí; á escape.
Por supuesto: usted sin duda
no dá crédito á sus frases.
VIZC. Sus...
MERC. Las de mi matrimonio.
VIZC. Sí, con el sobrino.
MERC. En balde
se afanarán: ni le quiero,
ni le querré nunca; y antes
que ser su mujer... gustosa
seré monja.
VIZC. (¡Marchitarse
en un convento!)
MERC. A decírselo

(Dejando la palmatoria.)
á Matilde, y reclamarle
consejo vine aquí: ahora,
sin que me aconseje nadie,
de rechazar á ese jóven
propósito irrevocable
tengo.

VIZC. ¿Y pagará el sobrino
culpas del tio?

MERC. No es fácil,
porque...

VIZC. ¿Por qué?

MERC. No es el hombre
que he soñado para darle
mi corazon.

VIZC. Francamente,
hace usted bien: tiene un aire
de imbécil ese muchacho ..

MERC. ¿Es usted de mi dictámen?
Lo celebro...—Y me retiro.

VIZC. (¡Tonta la llamó ese cafre!)
Tome usted su palmatoria. (Dándosela.)

MERC. ¡Ah! ya la olvidaba. (Llaman en la puerta.)

VIZC. ¡Diantre!
¿Otra vez?

MERC. ¡Es mucho cuento!
Vuelta á temblar y á ocultarme.
(Se lleva la palmatoria, despues de darle un soplo, y se oculta detrás de la cama.)

ESCENA VI.

MERCEDES. EL VIZCONDE. PEPE, en la puerta con un calentador y un botiquin.

PEPE. Perdone el señor Vizconde. (Sin entrar.)
VIZC. ¿Qué buscas aquí?
PEPE. (Sin entrar.) Señor,
he visto luz, y temiendo
que alguna indisposicion
repentina...
VIZC. ¡Oh!
PEPE. (Sin entrar.) Por lo pronto,
me traigo un calentador
y un botiquin...
VIZC. Pero Pepe,
¿estás loco?
PEPE. Esta estacion,
es propensa en este puerto
á constipados.
VIZC. ¡Por Dios!
PEPE. El botiquin tiene ether,
árnica, láudano...
VIZC. ¡Horror!
Y con todas esas cosas,
¿qué diablos he de hacer yo?
PEPE. Nada: yo mismo la cama (Dando un solo paso.)
calentaré.
VIZC. ¡Eres atroz!
¿Cuándo se ha visto en Agosto
calentar camas? No, no:
lárgate con esos chismes
al momento.

PEPE. Lo mejor
será que deje á lo ménos
el botiquin. (El Vizconde lo toma.)
VIZC. Bien, ad os.
Véte. (Pone el botiquin sobre la chimenea.)
PEPE. Me retiro al punto.
Ya sabe usted mi intencion.
VIZC. ¿Cuál?
PEPE. La de entrar al servicio
de usted.
VIZC. Bien: sí. Ahora no estoy...
Entrarás.
PEPE. (Ya tengo casa
para un siglo.) Tanto honor
me obligará...
VIZC. Basta: ¡véte!
¡Véte al momento!
PEPE. Me voy.
Aquí llega el señor Pardo.
VIZC. ¡Pardo!
MERC. (¡Otra vez! Y ván dos.)

ESCENA VII.

EL VIZCONDE. PARDO. MERCEDES, escondida.

VIZC. (¡Y son cerca de las doce!)
PARDO. A mí me dá un torozon.
VIZC. ¿Qué es eso?
PARDO. ¿No has visto tú
á mi mujer?—¡Voto al sol!
VIZC. ¿Dónde quieres que á tal hora
yo pueda...
PARDO. Tienes razon:

pero oye y sabrás...

VIZC. ¿Qué? ¿Han vuelto
las sombras?

PARDO. Esto es peor:
mil veces peor. Escucha:
Iba yo á mi habitacion,
y arriesgándome á que Amparo
me dijera algo feroz,
decidí entrar en la suya.

VIZC. ¿Y has entrado? (¡Me partió!)

PARDO. Llamo á su puerta: ¡silencio
sepulcral!—"Angel de Dios."
exclamo:—"Ya está dormida."
Y con toda precaucion,
y de puntillas, temiendo
despertarla, con amor
me acerco al lecho.—¡No basta
ni la paciencia de Job!—
¡Aquel lecho está vacío!
—Tiene esto más de un bemol.—
¡Mi mujer no está en su cuarto!

VIZC. Bien: modera tu furor.
(Estará ya en el jardin
esperando.)

PARDO. Tu opinion,
¿cuál es?

VIZC. Creo que estará
con alguna amiga.

PARDO. Yo
pensé lo mismo; pero eso
es absurdo; sí, señor.
No pudiendo ir á buscarla
de cuarto en cuarto, un sillon
cogí, pensando esperar

sentado.

VIZC. Era lo mejor.

PARDO. Ya me quedaba dormido,
cuando un estrépito atroz
me hizo saltar de mi asiento
hecho un tigre, hecho un leon.

VIZC. ¡Hombre!

PARDO. ¿Y qué dirás que era?
Pues era un despertador.

VIZC. (Parece que hemos tenido
la misma idea los dos:
pero se retrasa éste,
ó aquél adelanta.)

PARDO. ¡Oh!
¿Qué tenia que hacer ella
á media noche? ¿Al reloj,
por qué le puso en las doce
el timbre?

VIZC. ¡Santo varon!
¿Y si no lo puso ella?

PARDO. ¿Pues quién pudo ser sinó?

VIZC. Cualquiera: acaso algun chusco...

PARDO. ¡Eh!... tú tocas el violon.
Amparo es coqueta; Amparo
tiene por alma una col.

VIZC. ¡Cállate!

PARDO. ¿Por qué?

VIZC. Un marido
no habla así sin ton ni son
mientras no tiene certeza
de que peligra su honor.

PARDO. Yo la tendré, y te prometo
que entonces... —¡Calla!.. eran dos
las palmatorias...

VIZC. Sí, Pepe,
con la que falta cargó.
PARDO. (Le he visto salir, y sólo
llevaba un calentador.
¿Estaria mi mujer
aquí cuando...) (Suena el timbre del despertador.)
VIZC. (¡Maldicion!
vá á sospechar...)
PARDO. ¿Tambien tú
usas eso?... (Ya el complot
descubrí.)
VIZC. Ahora me afirmo
más y más en mi opinion.
Algun gracioso...
PARDO. Es posible.
VIZC. Estoy seguro.
PARDO. (¡Traidor!)
Dices bien. (Es indudable
que se entienden.)
VIZC. Tú, veloz,
dulcificando primero
ese gesto de Neron,
debes regresar al cuarto
de Amparo.
PARDO. Sí; en eso estoy.
VIZC. Si ya no ha vuelto, la esperas.
PARDO. Y sin levantar la voz,
cuando entre, de una embestida
le divido el esternon.
VIZC. ¡Hombre! (De esperar cansada,
ya habrá vuelto...)
PARDO. Vaya, adios.
Voy á ver á mi costilla
siguiendo tu indicacion.

VIZC. Eso es lo más conveniente.
PARDO. (¿Querrá cuando salga yo
ir á buscar á esa infame?
Pues se vá á llevar limpion.)

ESCENA VIII.

EL VIZCONDE. MERCEDES.

VIZC. (Cuando unas citas se yerran,
se recurre á nuevas citas.)
Pronto, pronto, Merceditas
salga usted. (Se oye el ruido de la llave.)
MERC. ¡Ay! nos encierran.
VIZC. Es ese maldito Pardo.
MERC. Pero cómo se propasa...
VIZC. No sé: en celos él se abrasa,
y en indignacion yo ardo.
MERC. Pero yo no puedo estar
aquí.
VIZC. (¡Por vida de Lepe!)
MERC. ¿Qué hacemos?
VIZC. Llamar á Pepe
seria escandalizar.
MERC. ¡Oh! sí, sí: no llame usted
VIZC. Sólo por usted me apuro.
MERC. Y Pardo...
VIZC. Pardo es seguro
que me tiende alguna red.
MERC. Es claro: celoso está
y ahora pondrá en movimiento
toda la casa.
VIZC. Yo siento...
MERC. ¿Qué va á pensar mi mamá

si entra en mi alcoba y allí
no me vé? Dios de mi alma,
¿qué dirán los demás?

VIZC. Calma:
imíteme usted á mí.
(Me duele verla afligida.)
Ya encontraremos un modo...

MERC. ¿Cuál?

VIZC. Aun no lo sé: mas todo
se arreglará.

MERC. ¡Estoy perdida!

VIZC. ¡Ah! (Dándose una palmada en la frente.)

MERC. ¿Qué?

VIZC. ¡Idea soberana!
hágame usted la merced...
(Indicando que se acerque con él á la ventana.)

MERC. ¡La ventana!... ¿quiere usted
que salte por la ventana?

VIZC. No es usted: soy yo.

MERC. ¿Usted?

VIZC. Sí.
Me descuelgo al jardin, luego
doy la vuelta, subo, llego,
abro, y sale usted de aquí.

MERC. ¿No se hará usted daño?

VIZC. (Saltando por la ventana.) ¡Cá!
Yo soy un poco gimnasta. (Desaparece.)

MERC. Cuidado!... por Dios, no basta
ser ágil:—volando va!...

ESCENA IX.

MERCEDES.

Y la madreselva cruje...
si se desgaja una rama...
ya está en tierra... ya atraviesa
el jardin...—¡Qué delicada
conducta!... y cuánto difiere
de este hombre el necio que anda
tras mi dote. El tal Simon...
¡Oh! le detesto: ni baila,
ni viste á la última moda,
ni sabe decir palabra.
¡Qué ridículo!... Y su nombre
de coche de alquiler, náuseas
produce.—Al vizconde, en cambio,
ninguna le pondrá tachas.
Y me quiere: aquel constante
pisarme el pié esta mañana
en el comedor, ¿no es prueba
de su amor? ¡Oh! sí, me ama.
Yo le amo tambien: al verle,
entera le dí mi alma.
—¡Tiene bonita maleta!...
¿Qué tarjeta americana
hay encima? ¿Si será
su retrato? ¡Cosa rara! (Sacando la tarjeta)
Es de Amparo; es la mujer
de Pardo... y está muy guapa:
la han favorecido mucho:
eso sí. Muy perfumada (Saca la carta.)
con heliotropo aquí tiene

una esquela. Esta fragancia
es sospechosa... y la letra
parece de mujer.—¡Tantas
le escribirán!—Yo no debo
ver lo que dice esta carta:
no lo veré. Sin embargo,
la curiosidad me mata.
Miraré solo la firma.
A...—¿Quién es A...?—Aurora, Amalia,
Amparo. Sí, sí; es Amparo.
Pero una mujer casada...
¡oh! yo veré... »Usted me jura (Leyendo.)
hace un mes que me idolatra.
¿Debo creerlo?»—¡El la quiere!
¡la quiere! y yo imaginaba...
(Deja retrato y carta sobre el velador.)
y yo... Se me va la vista,
se me oprime el pecho...
(Cae en una butaca. Al mismo tiempo se oye la llave, y el Vizconde abre la puerta.)

ESCENA X.

MERCEDES. EL VIZCONDE.

VIZC. ¡En marcha!
No hay nadie en los corredores
y la salida está franca.
—¡Eh! ¡Diablo! Se ha desmayado.
¡Pobrecilla! Tanta y tanta
emocion.—¿Y á quién acudo?...
Oh! Al botiquin. El me salva.
Pepe, insoportable y todo,
ha estado oportuno. Arnica...
No es esto, busquemos. Ether...

Ajajá... Y esta muchacha
es aún mucho más hermosa
de lo que yo calculaba.
¡Qué frente!... ¡Qué tez!... ¡Qué pelo!...
¡Qué boquita!... ¡Qué pestañas!...
¡Ah! Ya vuelve en sí.

MERC. ¡El vizconde!

VIZC. *Ego sum*; pero, ¿qué pasa?
¿Qué ha sucedido en mi ausencia?

MERC. Nada: no ha pasado nada.

VIZC. Esta carta... Este retrato...
(¿A que son ellos la causa?...)

MERC. ¿Quiere usted á Amparo mucho?

VIZC. ¿Eh?

MERC. Sé que usted la idolatra.

VIZC. ¡Yo!...

MERC. Pero entonces, ¿por qué (Con ingenuidad.)
con insistencia extremada
durante todo el almuerzo
usted el pié me pisaba?

VIZC. ¿Cómo el pié?... (¿Con que era el suyo?)

MERC. Yo sospeché...

VIZC. (Estoy en brasas.)
¿Qué? ¿Qué?... No se pare usted.

MERC. Sospeché que le gustaba
á usted: que usted me queria
y que yo...

VIZC. Boca de ámbar,
y miel, y almíbar, y rosas,
siga usted, por Dios.

MERC. Ya basta:
al presente fuera inútil
añadir ni una palabra.
Me voy

VIZC. No, no, Merceditas.
(Esta chica me entusiasma
y me gusta y me regusta...)
Por favor, hable usted...

MERC. ¡Vaya!
¿Para qué? Usted quiere á otra...

VIZC. ¿A otra?... No hay otra que valga.
¡A ninguna! No.

MERC. El retrato
y el billete...

VIZC. ¿Quién no guarda
objetos indiferentes
alguna vez?

MERC. ¿Sí?

VIZC. (Quema el billete). Esta llama
es prueba número uno.

MERC. ¡Oh! (El Vizconde rompe el retrato).

VIZC. Y estos pedazos bastan
para número dos.

MERC. Alguien
se acerca. (Se esconde en el hueco de la ventana).

VIZC. (Va á cerrar). Cerraré.

PARDO. (Entrando). ¡Aparta!

ESCENA XI.

PARDO.—EL VIZCONDE.

VIZC. ¿Otra te pegó?... ¿qué ocurre?

PARDO. Ocurre que hay circunstancias
en que el más torpe y más sándio
adivina las charadas.

VIZC. ¿Y qué quieres decir?

PARDO. Quiero

decir, que mientras buscaba
en el jardin á la infame
Amparo, en esa ventana,
á pesar de las cortinas,
he visto una sombra.

VIZC. ¡Cáspita!
¿Seria alguna de aquellas
con antifaz?

PARDO. ¡Para chanzas
estoy!... Yo he visto la sombra
de una mujer.

VIZC. Tú desbarras.
(¡Qué contratiempo!)

PARDO. ¡Desbarro.
eh! Por si otra prueba falta,
otra vez aquí juntitas
hay dos palmatorias.

VIZC. ¡Calla!
Es que Pepe...

PARDO. ¿Sí? A otro perro
con ese hueso...—Esta cama... (Mirando.)

VIZC. Pero oye, no te permito
que en mi cuarto...

PARDO, ¿Dónde guardas
á esa traidora?,.. ¡Allí! (Yendo á la ventana.)

VIZC. ¡Pardo!
Si das un paso...

PARDO. ¡Ah! ya cantas.
Allí está.

VIZC. Sí; allí en efecto,
no lo niego, está una dama
á la cual no ha de ver nadie;
pero te doy mi palabra
de honor de que no es tu esposa.

PARDO. Bien, en viéndole la cara
te creeré.
VIZC. ¿Me insultas?...
PARDO (Queriendo llegar á la ventana.) Quita!...
déjame.
VIZC. Nó: elije armas,
y nos batiremos.
PARDO. ¿Piensas
acoquinarme?... Te engañas.
Si aparecidos y muertos
me asustan, no soy tan mándria
que tenga miedo á los vivos,
y me batiré... si no hallas
un medio de demostrarme
que me equivoco.

ESCENA XII.

MERCEDES, VIZCONDE, PARDO.

MERC. Si basta
mi presencia...
PARDO. Usted! Dios mio,
usted!!
VIZC. Qué ha hecho usted?
MERC. Llenar
mi deber. no dar lugar
á un inútil desafío.
VIZC. (Y su honra me sacrifica!)
PARDO. Con que usted... (La más humilde...)
VIZC. Entró en busca de Matilde
Avendaño.
PARDO. Sí, eso explica...
mas no cuentes... —No confundo...

MERC. Dice lo que es cierto.
PARDO. Ya!
Por mí ninguno sabrá...
(Se lo diré á todo el mundo.)
Pero, aunque callar ofrezco,
retiro mi pretension,
de que se case Simon
con usted.
MERC. Yo lo agradezco.
VIZC. (Y he de dejar que por mí...)
Mañana en San Sebastian
hasta los peces sabrán
que ha visto á usté Pardo aquí.
Orgulloso, y muy contento,
si usted lo consiente, yo
pediré su mano.
MERC. ¡Oh!
Con toda el alma consiento.
PARDO. (El la rehabilita ahora.)

ESCENA XIII.

Dichos —PEPE, en la puerta, sin abrir.

PEPE. Él señor Pardo, ¿ha salido
ya de aquí?...
PARDO. ¿Qué ha sucedido?
PEPE. Que espera á usted su señora. (Entrando.)
PARDO. ¡Al fin!—En su busca parto.
Voy, con permiso de ustedes.
VIZC. Antes da el brazo á Mercedes
para que vuelva á su cuarto.
PARDO. Al momento.

VIZC. ¿Hasta mañana? (A Mercedes.)
MERC. Hasta mañana.

ESCENA ULTIMA.

El VIZCONDE.—PEPE.

PEPE. ¡Qué pronto
las engatusa usté!...
VIZC. ¡Tonto!
PEPE. ¡Y esta es cosa soberana!
VIZC. Era será mi mujer.
PEPE. ¿Qué? ¿Dará usted tan mal paso?
(Asombrado.)
VIZC. Me caso, Pepe, me caso.
PEPE. No me queda más que ver.
¡Un hombre de tanto juicio!...
VIZC. Así las cosas se enlazan:
vine á cazar, y me cazan...
¡Pepe!... QUIEBRAS DEL OFICIO.

FIN.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. PEDRO MARÍA BARRERA.

¿QUIÉN ES EL NOVIO?—Comedia en un acto y en verso.

POR UN BAUTIZO.—Idem idem.

QUIEBRAS DEL OFICIO.—Idem idem.

NUBES.—Idem en prosa.

UNA BALSA DE ACEITE.—Idem idem.

UN DAVID CALLEJERO. (*)—Zarzuela en un acto. Música de D. Manuel Fernandez Grajal.

¡TRISTE CHACTAS!—Zarzuela en un acto. Música de D. Francisco Asenjo Barbieri.

MONEDA FALSA. (*)—Comedia en tres actos y en verso.

VERDE Y MADURA. (*)—Comedia en dos actos y en verso.

(*) En colaboracion.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA

Coello: Roque Guinart (drama, 3 actos, verso).....	8	reales.
—La mujer propia (leyenda dramática).	12	—
El príncipe Hamlet (drama, 3 a. v.).	8	—
R. de la Cruz: 23 Sainetes escogidos (3 tomos).....	24	—
Zapata: La corona de abrojos (d. 3 a. v.).	8	—
Santistéban: Nuestra Señora de Atocha (3 a. v.).....	8	—
Navarrete: La cesta de la plaza (comedia 1 a. v).....	4	—
D. Fernando el Emplazado (ópera española).....	4	—
Medina: No por mucho madrugar (c 1 a).	4	—
—El laurel de Virgilio (d. 1 a.).....	4	—
—Una y no más (c. 1 a.).....	4	—
Coello y Campo: El paño de lágrimas, (c. 2 a.).....	6	—
Balaguer: Coriolano (tragedia, 1 a.)...	4	—
—La muerte de Neron (tragedia, 1 a.)...	4	—
Fuentes: Un nido de víboras (c. 1 a.)..	4	—
—Otro José (c. 1 a.).....	4	—
—Las tres palmatorias.....	4	—
Fuentes y Alcon: Amor y amor propio (comedia en 3 actos).....	8	—
Ugarte y Sacristan: La posada de la vida.....	4	—
Coello y Herrero: La tabla de salvacion.....	8	—
Campo-Arana y Fuentes: Las penas del Purgatorio.....	8	—